

## Un triste centenario

Carlos LARRINAGA

Historiador y Profesor Titular de Universidad

Aún hoy en día son visibles en el barrio armenio de la Ciudad Vieja de Jerusalén Este los carteles en los que se denuncia el genocidio armenio, cuyo triste centenario se conmemora esta primavera. Son unos pasquines decrepitos, que deben estar allí desde hace años. Yo los vi por primera vez en 2008 y ya entonces no estaban en muy buenas condiciones. En ellos aparece el mapa de Turquía con la representación de las atrocidades cometidas contra los armenios durante la Primera Guerra Mundial, con las explicaciones de texto pertinentes. Aunque los ataques comenzaron antes, fue en abril de 1915 cuando las matanzas y deportaciones se generalizaron, prolongándose hasta 1923. Las cifras no son concluyentes, de suerte que, mientras los nacionalistas armenios hablan de un millón y medio de muertos, los historiadores turcos más fiables rebajan esta cifra a unos trescientos mil. Posiblemente no sea ni una ni otra, pero, en cualquier caso, estamos hablando de una barbaridad. Al punto que muchos autores han sostenido que se convirtió en fuente de inspiración del nazismo para poner fin al “problema judío” en el Tercer Reich. Sea como fuere, lo cierto es que, mientras la mayoría de los estudiosos emplean el término genocidio para referirse a estos sucesos, la República de Turquía niega la utilización de esta denominación, por entender que no hubo un exterminio o eliminación sistemática de un grupo social por motivo de raza, de etnia, de religión, de política o de nacionalidad, que es como lo define la Real Academia de la Lengua Española. De todos modos, más allá de la controversia terminológica, la evidencia es que la minoría armenia fue duramente castigada por las autoridades del final del Imperio Otomano. En concreto, por los denominados Jóvenes Turcos, oficialmente Comité de Unión y Progreso (CUP). Se trataba de un partido nacionalista y reformista que gobernó el país desde mediados de 1908 hasta noviembre de 1918, ya concluida la Gran Guerra. Su afán por introducir cambios le costó el puesto a Abdul Hamid II, que no tuvo más remedio que abdicar en su hermano Mehmed V. Fueron ellos los que sentaron las bases de la futura modernización de Turquía, pero también quienes llevaron a cabo un programa nacionalista exacerbado.

Hay que recordar que en 1914 las autoridades de Estambul entraron en la guerra de la mano de las dos grandes potencias centrales, Alemania y Austria-Hungría. Durante buena parte del siglo XIX, el Imperio Otomano había sido tildado como “el enfermo de Europa”, ya que poseía un vasto territorio, pero era muy débil en sus estructuras políticas, económicas y militares. Un gigante con pies de barro que estaba perdiendo territorios en Europa desde hacía tiempo (Grecia, Serbia o Bulgaria, entre otros), pero que, pese a todo, había sido mantenido por los estados occidentales para evitar la salida de Rusia al Mediterráneo. A Reino Unido, con fuertes intereses en toda la cuenca (Gibraltar, Malta y Chipre) no le interesaba un posible competidor en la zona. Sin embargo, el estallido del conflicto bélico de 1914 precipitó los acontecimientos. Por un lado, Rusia, Gran Bretaña y Francia se convirtieron en aliados por los diferentes acuerdos firmados desde años atrás, mientras que la Sublime Puerta se asoció, como ya se ha dicho, con Berlín y Viena. Se acabaron entonces los miramientos con Constantinopla, que tuvo que hacer frente tanto a la amenaza exterior como a la interior. Esta última englobaría las sublevaciones de los árabes, que, hartos del yugo turco, buscaban la apertura de vías políticas nuevas, para lo cual contaron con el apoyo del gobierno de Londres, además de la mítica ayuda del famoso Lawrence de Arabia, cuyas hazañas en el Wadi Rum o en Áqaba son aún memorables. Pero también incluía al enemigo interno. Es decir, a esas minorías residentes en Anatolia que no eran ni turcas ni musulmanas. De ahí que, en una exaltación desmesurada del nacionalismo de los nuevos gobernantes, los armenios terminaran siendo los paganos. Los Jóvenes Turcos rompieron con la cierta tolerancia que, salvo excepciones, había caracterizado al sultanato durante largo tiempo. Su apuesta por ese nacionalismo que imperaba en la Europa hizo cada vez más difícil la convivencia. De hecho, aunque los armenios fueron los más castigados, también terminaron marchándose amplias comunidades de griegos, de cristianos asirios o de serbios.

La verdad es que las élites armenias venían ocupando importantes puestos de responsabilidad en la Administración otomana desde hacía décadas, además de dedicarse muchos de ellos a profesiones liberales, a las finanzas y al comercio internacional. Fue, precisamente, en estos sectores más cultos donde también en el siglo XIX empezó a cuajar un nacionalismo armenio llamado finalmente a chocar con el propio nacionalismo turco. Asimismo, no hay que olvidar tampoco que su condición de cristianos fue aprovechada por los países europeos para crear disensiones dentro del propio Imperio Otomano. En este sentido, el papel de Francia y Rusia fue muy activo. Estas premisas y el hecho de que sus aspiraciones políticas no se vieran satisfechas en la Conferencia de Berlín de 1878 sobre la cuestión balcánica hicieron que fuese articulándose un nacionalismo armenio cada vez más activo y distante de las autoridades otomanas, que se manifestó en no pocas ocasiones en actos violentos. Con todo, sería durante la Primera Guerra Mundial cuando el enfrentamiento entre ambos nacionalismos fue total. Por supuesto, no fue ajena Rusia, en guerra contra Turquía, como ya se ha mencionado. De esta forma, el comienzo de las hostilidades en noviembre de 1914 aceleró los hechos. Aunque abril de 1915 pasa por el ser el mes del comienzo de la masacre, en realidad, la suerte ya estaba echada: a finales de marzo el Comité Central del CUP había tomado la drástica decisión de ejecutar en masa a la población civil armenia. En pleno conflicto no podían fiarse de un enemigo interior como los armenios. Los cuerpos para-militares que se encargaron de llevar a cabo la misión se emplearon a fondo, contando, no cabe duda, con el decidido apoyo de las autoridades locales del partido. Así, todavía hoy estremece ver la placa en memoria de aquellos mártires en las blancas paredes del Patriarcado Armenio Católico de la Vía Dolorosa de la Ciudad Vieja de Jerusalén Este. Y más aún si pensamos en lo que están padeciendo en estos momentos, un siglo después, tantos cristianos del Próximo Oriente y del Mediterráneo Oriental.

12 de marzo de 2015